

Relatoteca

Fecha: 14/02/2007

Fuente: www.lordepsylon.net

Sinceras reflexiones de un vagabundo sentado en cualquier esquina

No puedo dejar de mirar las caras que desfilan ante mí en diligente procesión
como pingüinos.

y me puedo ver reflejado en todas ellas o en ninguna
generalmente lo segundo.

ni siquiera cuando atisbas en busca de una similitud, por nimia que sea, insignificante, ves algo que
se asemeje,

ni el blanco de los ojos,

porque hasta la nieve cambia de color cuando desciende

y se pisa.

es una especie de halo que envuelve los cuerpos lo que oculta a las personas
y hace que sólo sean el esbozo de perfiles desdibujados tras la niebla.

de vez en cuando y sin previo aviso se consigue atravesar los pliegos de penumbra, centrar y
precisar la imagen, definirla

incluso admirarla al apartar el velo de sombras que la ocultaban

a la persona, y en eso momento te dices que podrías amarla

o matarla, que en ninguno de los dos casos variaría demasiado el esfuerzo.

lo demás es indiferencia, relaciones y deseos meramente monetarios

que se diluyen en sonrisas tibias y edulcoradas cuando uno se propone algo

como caer bien, por ejemplo, conseguir lo que no se te ha dado

por ejemplo

o cuando se tiene ya dispuesto un puñal

para la espalda; y eso muchas veces tardas en saberlo, cuan fácil hienden la carne

esos puñales con sus hojas de hielo.

no puedo dejar de mirar las caras ante mí como espectros que me son ajenos,

pero podría ser de otra manera

eso es lo que hace que la sangre se enerve, que el corazón de un vuelco al pensar

que todo podría ser de otra manera,

distinto;

que en mil rostros se pudiese reflejar una misma sonrisa

como se reflejan ahora la indolencia y el odio cauteloso

en el bullicio del silencio

y el pensar esto me da que pensar,

-porque uno puede llegar a pensar demasiado cuando todo deja de importar

lo suficiente-

que después de todo,

después de todo,

cuando bebes y te embriagas con perdularios

te encuentras, de alguna manera extraña,

en el cielo o, por lo menos

alejado un rato del infierno

surcando las procelosas aguas del océano etílico

mientras la masa alrededor, de forma lánguida,

se embrutece abúlica

entre halos de husmo al ir y volver
siempre llevando a cuestas el fardo de sus vidas